

acaso sazonados estudios, sometidos y aherrojados la propia razón y el criterio mismo de la historia á ideas preconcebidas, como ha mostrado el muy diligente Damás-Hinard en sus eruditas ilustraciones á la traducción francesa del *Poema del Cid*, aspirando, tal vez inofensivamente, á despojarnos de toda nacionalidad literaria¹. Pero sean cualesquiera las individuales pretensiones de los críticos, el interés que engendra sus teorías y la desemejanza ú oposición de las mismas, surgen en medio de todas ellas la gran riqueza del ingenio español y la incalificable injusticia con que fué en otro tiempo vilipendiado. Estos hechos que aparecen tan claros como la luz del medio día, al paso que despiertan en nosotros el sentimiento de la gratitud, nos han llevado á utilizar todas aquellas plausibles tareas, en honra de la patria literatura y para alivio de las que hoy damos á la estampa. Ocasiones repetidas tendremos sin embargo de señalar los aciertos y los errores de tan doctos críticos con la imparcialidad, de que hacemos gala en todo linaje de estudios históricos. Observemos ahora que el ejemplo de la crítica extranjera ha sido de grande efecto dentro de la Península, si bien ha venido naturalmente á aumentar el compromiso de los que á su cultivo se consagran.

IX.

Bajo estas influencias y en este punto llegamos á la liza literaria: la erudición recorre inusitados senderos; la crítica abre á nuestra vista desconocidas regiones, y en nombre de la filosofía se ensayan opuestos sistemas, para buscar el principio supremo que armonice todas las oposiciones y desate todas las dudas, hermanando y fundiendo en uno los grandes intereses de la tradición y

¹ Aun cuando al publicar Mr. Damás-Hinard su traducción, consignamos largamente nuestro juicio sobre las aventuradas opiniones que sostiene (*Crónica y Revista Universitaria*), no será desacertado indicar aquí que las tendremos muy presentes en sus respectivos lugares. Damás-Hinard es uno de los literatos franceses que más decididamente se han consagrado al estudio de las cosas de España, y por lo mismo piden todas sus palabras mayor consideración y cautela.

del arte. Arduo por extremo es el empeño y excesivo el peso que echamos sobre nuestros hombros; pero si no podemos confiar en nuestras fuerzas y largos estudios, llamados desde la juventud á este linaje de tareas é investigaciones, animámonos la más viva fé y el más acendrado amor al arte, abrigando el convencimiento de que no han de ser de todo punto estériles nuestras vigilias, al examinar las producciones del ingenio español bajo todas sus fases y en todas las edades de su laboriosa y gloriosa vida. Porque tal es en nuestro concepto la primera y principal condición de la *Historia crítica de la literatura* de un pueblo: si ha de comprenderse la ley fundamental de su existencia; si su índole interna y sus caracteres exteriores han de reconocerse y determinarse, tales como realmente aparecieron en cada época y bajo sus multiplicadas relaciones, necesario es no dejar la historia del ingenio español acéfala, y no mostrarse apasionados de las formas exteriores de ninguna edad, ni de ningún arte, por grande que haya sido y sea la antipatía que despierten en los doctos con su imperfección y su rudeza.

Se ha dicho antes de ahora y conviene aquí consignarlo. En una literatura donde no brilla y sirve de perpétuo faro una idea luminosa, un hecho de alta y fecunda moral, ó de vivificador patriotismo, que haya menester manifestarse y trasmitirse á las generaciones venideras por medio de ciertas formas de arte y de lenguaje, nada importa en verdad que sean estas más ó menos clásicas, ni que sea el estilo más ó menos alambicado ó sencillo, ni el lenguaje más ó menos delicado ó grosero. Fundados en estos principios, dicho está que se encaminarán todos nuestros esfuerzos á seguir y señalar los pasos del ingenio español, teniendo presentes cuantos elementos han contribuido á su nacimiento y desarrollo; quilatando sus triunfos y sus aberraciones; determinando las transformaciones que sucesivamente ha experimentado; fijando sus caracteres en las diversas épocas de su larga vida; notando la influencia que ha ejercido en la literatura europea; y finalmente, vindicándole de injustas acusaciones, inspiradas por el desden, por la ignorancia ó por la envidia.

La poesía española, formada con los más diversos elementos, bien que subordinados á un pensamiento de unidad que caracteri-

za al cabo y es ley constante de todas sus producciones, no puede ya ser para nosotros objeto de mera investigación artística. Identificada con el carácter y el sentimiento nacional, se halla en estrecha armonía con las costumbres, con las creencias, con las necesidades, con los triunfos del pueblo castellano: revela sus alegrías y sus amarguras, sus felicidades y sus infortunios. Su riqueza, aunque allegadiza respecto de las formas exteriores, es propia respecto de las ideas que la alimentan, ideas profundamente arraigadas en el corazón de cien generaciones. Así, aunque juzgaremos todas las transformaciones que ha experimentado el arte español desde sus primeras fuentes, no será parte á deslumbrarnos el brillo de ninguna forma, examinándolas todas con la misma imparcialidad y predilección, y procurando siempre descubrir y sorprender el espíritu, el sentimiento dominante que bajo ellas se esconde. El arte en relación con todos los elementos de cultura que han existido en nuestro suelo: hé aquí en una palabra el fin de nuestros trabajos.

Para realizarlos, necesario es fijar muy principalmente nuestras miradas en las dos grandes manifestaciones que ha logrado aquel en nuestra Península, ya por medio de la *lengua latina*, ya por medio de los *romances* que de su seno se desprenden, no desdenadas en uno y otro concepto las diferentes influencias que se van sucesivamente reflejando en sus más preciosos monumentos. Cimentada en efecto nuestra civilización, como la de los demás pueblos neo-latinos, sobre la civilización del mundo antiguo, hija nuestra lengua principalmente de la romana, de donde trae su nombre, y distinguida nuestra patria entre todos los pueblos sujetos á Roma por la fama que lograron conquistar sus ingenios desde la Era de Augusto, de todo punto imposible sería el trazar la historia crítica de la literatura española, sin entrar deliberadamente en el exámen de aquellos célebres escritores y poetas que, según el dicho de un autor moderno, eclipsaron bajo el peso de una revolución, trascendental en el mundo de las letras, el astro de los Horacios y Virgilio¹.

Y no se tema que, seducidos por el ejemplo de los Mohedanos,

¹ Nisard, *Études de mœurs*, etc.

intentemos remontarnos á tan lejanos tiempos, para hacer gala de erudición inoportuna: hay en el genio de Séneca y de Lucano cualidades que pertenecen al genio español de todas las edades, como han pertenecido siempre á nuestra Península el clima meridional y la prodigiosa fertilidad de sus campos. Estas cualidades internas, que conviene separar con todo esmero de las circunstancias exteriores, que han podido influir una y otra vez en la educación literaria; que son extrañas á las costumbres sociales y á las creencias religiosas, y que llevan profundamente grabado el sello de la nacionalidad más ardiente, merecen ser detenida y maduramente estudiadas y conocidas con tanta más razón, cuanto que resaltan vivamente en los más distinguidos poetas de nuestro gran ciclo literario. Así, trazado ya el cuadro, incierto y un tanto oscuro, de las primeras edades; quilatados los elementos de cultura, que traen á nuestro suelo las multiplicadas colonias que pueblan sus costas, del Oriente al Ocaso; y revelado con nueva luz el carácter de la conquista realizada en las Españas por el pueblo rey, no sólo tenemos por lógico y natural, sino conceptuamos también del todo indispensable, el dar principio á nuestros estudios en el siglo de Augusto, época en que libre en parte el ingenio español de la opresión que le aniquilaba, puede ya levantar su voz en el gran concurso de las naciones del antiguo mundo, y en que, por efecto de la política de aquel grande hombre, política que iba á cambiar sustancialmente la faz del mundo, la religión, las leyes, la lengua y las costumbres de Roma llegan á ser la religión, las leyes, la lengua y las costumbres de España¹.

Más adelante, los elementos que en ella se congregan para desarrollar las nuevas ideas que ya se derramaban por todas las naciones; aquellas terribles y angustiosas escenas, en que la sangre de los mártires corria á torrentes para fecundar el suelo de la incredulidad que los despedazaba; aquellos cantos de victoria lan-

¹ No del todo, según en sus lugares oportunos veremos, respecto de la religión y de la lengua; pero sí, en tal manera que bastó á caracterizar la cultura española, transformándola y sometiéndola á la misma ley que servía ya de norma á la civilización romana.

zados en medio de los tormentos; aquel triunfo espléndido y majestuoso del cristianismo, solemnizado por los bárbaros del Norte, que se desplomaban sobre el Imperio, para reducirlo á cenizas; hechos son todos que atañen también directamente á la historia de la civilización ibérica, y que tienen en nuestra literatura nobles representantes, cuya voz merece en verdad ser oída, porque revela las dotes internas del ingenio español y nos enseña á conocer cómo saludaban las nuevas generaciones al radiante astro de luz y de verdad que se había levantado en el Oriente. Y no solamente requieren y solicitan con sus obras los escritores y poetas de esta época (designada por los doctos con el nombre de *baja latinidad*) el estudio y consideración de la crítica, porque hallamos en ellos la razón de la decadencia y de la corrupción del arte antiguo, sino porque revelan también de una manera sorprendente el cambio operado ya en las ideas y en los sentimientos, reemplazando en sus obras á la nitidez y brillo de las formas artísticas y de lenguaje, la pureza del sentimiento, la ternura y la expresión, prendas inestimables y no muy comunes en los poetas del gentilismo.

Dominada España por los visigodos, nuevos elementos sociales, nuevas ideas, nuevas costumbres, nuevas tradiciones vienen á combatir entre sí y variar el aspecto de la Península Ibérica. Lucha porfiada, y encrudecida á veces por el espíritu de secta que inficiona al pueblo de Ataulfo, se entabla desde luego entre las dos razas que moran las Españas; pero el triunfo de la civilización, personificado en la idea católica, es el triunfo de la raza vencida. Guíanla y fortalecenla en sus conflictos y persecuciones nobles y denodados caudillos, que se purifican y acrisolan en la virtud y en la ciencia; ilustranla en el momento de su inmortal victoria esclarecidos apóstoles, cuya sublime voz solemniza en el tercer concilio de Toledo aquella inusitada transformación, prodigio inmenso de la fé y de la perseverancia; consignan y legan á la posteridad la memoria de sus conflictos y de sus alegrías doctos varones, para quienes todo lo era el logro de los sacrificios una y otra vez realizados en aras de la religión y del patriotismo; y en medio de aquel sorprendente espectáculo levántanse ilustres y sabios maestros, que recogiendo con paternal y solícita mano

los ya olvidados tesoros del arte y de la ciencia del antiguo mundo, los transmiten á generosa pléyada de ingenios, haciendo al par depositaria y dueña de los mismos á la Iglesia, para que llegasen en medio de los trastornos y calamidades del mundo á los siglos futuros. Digna es por tanto esta Era de la civilización española, donde algunos escritores de nuestros días presumen descubrir, al fijar la vista en los concilios toledanos, la primera forma de las instituciones modernas, de ser estudiada en la historia de la patria literaria. Sólo tinieblas impenetrables y dudas sin cuento podríamos encontrar en nuestras vigiliás, siguiendo el mal consejo de suprimirla, como se ha verificado generalmente, despojándonos de la llave maestra, con que debíamos penetrar los misterios de la cultura y del arte que nacen de entre los escombros del imperio visigodo.

Hundido á deshora en dolorosa corrupción, cuyas causas no son por cierto para olvidadas en una historia crítica, es inevitable, como espantosa su ruina; pero sobre la afrenta del Guadaleté se levanta una nueva monarquía, destinada á restituir á España su libertad, su independencia y su poderío en la más tremenda y tenaz lucha que han visto los siglos. Fórmase en esta lucha el pueblo español propiamente dicho: ella es el campo siempre abierto, donde se fortalecen sus creencias, donde nace y florece su patriotismo, donde se crea, finalmente, su carácter: por eso es la época más interesante de su historia, y la que más debe llamar la atención de la crítica; por eso hemos consagrado á su estudio largos años, proponiéndonos revelar con el exámen de los monumentos literarios el pensamiento dominante y vivificador que animó á nuestros mayores por el espacio de ocho siglos, pensamiento que se refleja al par en la religión y en la política, siendo el alma de las costumbres y alumbrando con sus luminosos destellos las artes y las letras, la teología y la poesía, la milicia y la toga.

Pero ese gran ciclo, en que se congregan, pugnan y asimilan en nuestra patria múltiples, contrarios y desacordes elementos, se parte y divide desde el siglo X al XII, cambiándose en tan difícil período los medios de la manifestación literaria. En él toman fuerza, incremento y color los romances hablados por el vulgo,

subiendo al cabo á ser la lengua de los semidoctos, y de allí á erigirse en lenguas literarias. La manifestacion latina, en el sentido propiamente nacional, cesa en tan solemne momento; y abiertas al arte nuevas y desconocidas comarcas, apréstase á recorrerlas, primero con planta insegura y no prefijado norte respecto de las formas que reviste, más decidido y aleccionado despues, bien que siempre fijas sus miradas en la tradicion, y animado de nobles y enérgicos sentimientos.

No es todavía ocasion de apreciar las grandes contradicciones y pruebas á que la Providencia sujeta al ingenio español, al concederle aquellos nuevos instrumentos, entre los cuales iba á lograr la supremacia el habla castellana, llamada naturalmente la España central á representar, andando los tiempos, la gran nacionalidad de la Península. El arte, que tiene por instrumento la lengua de Berceo y de don Juan Manuel, ofrece no obstante desde la aparicion de los cantos populares del Cid hasta el triunfo formal del *Renacimiento*, multiplicadas trasformaciones, todavía no estudiadas, y que piden por tanto larga meditacion y profundo exámen. Vano fuera en verdad todo empeño para historiar el siglo de oro de las letras patrias, y estéril todo intento para revelar el espíritu de la civilizacion moderna, que arranca desde aquella memorable centuria, sin considerarla como herencia legitima de los grandes sacrificios y de las inauditas proezas realizadas en los siglos precedentés. Porque si es cierto que en el siglo XVI se derrama nuestra literatura en mil caudalosos rios, fecundando el ingenio español nuevas y amplísimas regiones, hasta entonces poco ó nada conocidas; si no puede negarse que cualesquiera que sean las contradicciones del arte y de la crítica, se trasfiere y alcanza á nuestros dias el movimiento impreso á las letras españolas por las famosas escuelas eruditas que tienen su más alta representacion en fray Luis de Leon y en Herrera,—error imperdonable seria el suponerla del todo desgajada de la edad media, rompiendo así la cadena de la tradicion, alma de la historia.

Animados de estos principios, y considerada maduramente la materia que historiamos, no limitamos pues nuestras investigaciones á una manifestacion, más ó menos perfecta, ni á una época determinada, más ó menos fecunda: nuestros trabajos abrazan la

historia de la civilizacion española, representada por el arte literario ¹; y como el arte español, cual todos los que traen su procedencia de la civilizacion romana, se revela, segun arriba indicamos, en dos diferentes formas de lenguaje, tenemos por acertado, y aun conceptuamos absolutamente indispensable, el conceder á cada una la extension que pide por su importancia, no sin que nos detengamos á estudiar tambien, cuando lo exija su trascendencia, las manifestaciones que se operan tanto en los diversos romances hablados en nuestra Península como en las lenguas hebrea y arábica, siempre que ofrezcan verdaderas relaciones con las obras de nuestros ingenios ².

¹ Insistimos en este punto, no sólo porque no es ya posible confundir, como en el último siglo, la historia de las ciencias y de las letras, propiamente dichas, sino porque seria tambien pretension infundada la de comprender en la exposicion crítica de la literatura la historia de la filosofia, perteneciendo á esfera muy distinta sus especulaciones. Empresa es esta en verdad que está convidando en nuestra Península á los que cultivan fundamentalmente aquella ciencia: su realizacion nos vindicaria tal vez de injustas acusaciones, que por lo repetidas, van perdiendo toda su fuerza. Limitados nosotros á las regiones del arte, sólo nos será dado pues estudiar las obras de la filosofia bajo las relaciones de la moral y de la política, y cuando se revistan de formas literarias, cuyo predominio alcance igualmente á todas las manifestaciones de la poesia ó de la elocuencia.

² No juzgamos fuera de sazón el advertir que no escribimos la historia de la literatura rabínica, ni de la arábica, empresas ambas que por lo que á España concierne piden muy especial desarrollo: respecto de los hebreos algo hemos hecho no obstante en nuestros *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los juíos de España*: respecto de los árabes, bien será consignar que á pesar de los ensayos de don Nicolás Antonio y de Casiri, permanecen ignorados muchos y muy preciosos tesoros de aquella literatura, á que sin conocerla, se ha concedido la gloria de haber dado nacimiento á las vulgares. Mucho ha hecho en nuestros dias el renombrado Hammer Purgstall en su *Historia de la Literatura árabe*, que le ha ganado las alabanzas de los doctos; pero todavía pide el cultivo de la literatura arábica largas tareas, y á ellas se consagra sin descanso nuestro amado discípulo don Francisco Fernandez y Gonzalez, profesor de literatura en la Universidad de Granada, preparando una obra que bajo el título de *Estudios críticos y literarios sobre los árabes de España*, llenará acaso el inmenso vacío que en este punto existe. Por nuestra parte cúmplenos añadir que tiene lugar en la *Historia crítica* el exámen de todas las obras debidas á los hebreos ó á los árabes, cuya influencia se refleje de

Partiendo de estas bases, dividiremos la *Historia crítica de la literatura española* en dos grandes ciclos, comprendiendo el primero la manifestación *latina* y abarcando el segundo la *castellana*. El exámen de los poetas, filósofos é historiadores que florecen en la antigüedad, el estudio de los historiadores y primeros poetas del cristianismo, y el no menos interesante de los claros varones que ilustran los tiempos visigodos; nos abrirán el camino para penetrar en la oscuridad de los primeros siglos de la reconquista, donde aprenderemos á quilatar maduramente y ajenos de arbitrarias teorías ó sistemas preconcebidos, así los elementos que sobreviven á la gran ruina del Guadalete como los que van surgiendo día tras día en medio de los grandes conflictos de la sociedad cristiana, ora la consideremos en las libres montañas de Asturias y Aragon, ora bajo el yugo del Islam á orillas del Bétis. Cuantas investigaciones nazcan y se deriven de este estudio, con relación al arte, serán consideradas por nosotros como cuestiones de orígenes, y caerán por tanto en la primera parte de nuestra *Historia crítica*, ya se refieran á las fuentes de las formas artísticas ó populares de la poesía y de la historia, ya á las de los romances españoles y de la lengua castellana.

Echados en tal forma los fundamentos á la historia literaria; reconocidas de igual suerte las leyes capitales que rigen y gobiernan la de la civilización ibérica, así como la índole genial de sus poetas, filósofos é historiadores desde la Era de Augusto, en que cultivan ya deliberadamente la lengua latina, hasta mediar del siglo XII, en que hallamos escrita la castellana; tratados con el detenimiento que de suyo demandan los orígenes de las formas, de que vá á revestirse el arte que se revela en los cantares del Cid y en los poemas artísticos de Berceo (tarea que ofrecerá por cierto alguna novedad aun para los eruditos), entraremos en el segundo gran ciclo de nuestra historia literaria, que puede y debe divi-

algun modo en la literatura española, no desdeñadas las producciones debidas á una ú otra raza y escritas en lengua castellana, así como tendremos también ocasión de fijar nuestras miradas en los monumentos arquitectónicos que produce en nuestro suelo el arte mahometano, para establecer, en el mayor número de relaciones posible, la recíproca influencia de unos y otros pueblos.

dirse en otros dos subciclos, los cuales, siguiendo el sucesivo espíritu de los tiempos, y teniendo en cuenta los multiplicados elementos llamados al desarrollo de nuestra cultura, se prestan á racional subdivisión en diferentes periodos.

Corresponden seis á la edad media, tal como nos es dado discernirla para los fines de esta historia: comprende el primero desde la aparición de la poesía vulgar hasta la época de Gonzalo de Berceo, en que empieza á desenvolverse la poesía y literatura vulgar erudita: abraza el segundo desde Berceo á don Alfonso el Sabio, en cuyo reinado se opera una de las transformaciones más interesantes del arte y de la lengua: alcanza el tercero hasta la catástrofe de Montiel, encerrando la historia de los sucesores del Rey Sabio y la rehabilitación de la poesía histórico-heróica, con la reacción del arte didáctico-simbólico, que se realiza al mediar el siglo XIV: el cuarto se extiende hasta la muerte de Enrique III, efectuándose en él nuevas y peregrinas transformaciones del arte erudito, que dan el triunfo en nuestro suelo á las creaciones caballerescas y á la poesía alegórica, tal como habia salido de las manos del Dante: termina el quinto con el reinado de don Juan II, reflejando vivamente el vario desarrollo de las escuelas poéticas que aparecen como rivales en nuestro parnaso, y los meritorios esfuerzos que realizan los más doctos varones de Castilla para impulsar nuestra civilización en las vías del renacimiento: presenta el sexto, finalmente, el lastimoso estado á que vino la nación, y con ella todo linaje de disciplinas, durante el calamitoso reinado de Enrique IV, y su restauración prodigiosa en manos de la Reina Católica, transmitiéndose hasta el Imperio de Carlos V, en que granados ya los esfuerzos de Juan II, Alfonso V é Isabel I.^a, es dado á Garcilaso dar cima á la transformación artística, intentada de antiguo en el parnaso castellano.

Á tres notabilísimos periodos puede reducirse principalmente el segundo ciclo de la manifestación castellana en la historia crítica de la literatura española. Pertenece al dominio del primero desde la innovación que se personifica generalmente en el nombre de Garcilaso, hasta la revolución formal de Góngora, entrañando, según dejamos con repetición insinuado, la transformación más grande y trascendental que ha experimentado la poesía popular

en la Península Ibérica: cuadra al segundo el estudio de la decadencia en que, al compás del imperio, se aniquila y consume estérilmente sus fuerzas el parnaso erudito, y cae de su altura la poesía popular, dando á conocer al propio tiempo el estado de la literatura española hasta la época, en que se inicia con la *Poética* de Luzan la reaccion galo-clásica: revela por último el tercero el espíritu de la reaccion clásica del pasado siglo, abarcando desde Luzan hasta nuestros días. Ofrecense estas diferentes edades con toda la claridad y exactitud indispensables para dar cabo al estudio de nuestra historia literaria, pareciéndonos, tras largo examen, la division más natural de los tres grandes ciclos que forman nuestra historia civil y política.

Tal es en efecto la direccion y no otra la extension y trascendencia que intentamos dar á nuestras vigiliass. Bien se nos alcanza la magnitud de las dificultades que necesitamos señorear para llegar á la ansiada meta, cuando la crítica literaria, segun acabamos de ver, ha sembrado en nuestro suelo más espinas que flores, y cuando á pesar de los generosos esfuerzos de los escritores propios y extraños que dejamos mencionados, sobreviven no pocas preocupaciones del pasado siglo; preocupaciones hijas más bien de la falta de sazonados estudios que del espíritu de escuela, pues al mismo tiempo que se miran con indiferencia nuestras antiguas glorias poéticas, se condena universalmente (y no sin calor) así la intolerancia filosófica como el exclusivismo literario.

Ni abrigamos tampoco la irreflexiva presuncion de juzgar que hemos dado felizmente cima á la empresa más árdua que puede concebirse en las esferas de la crítica literaria. «Sin la historia de las letras (decia el gran Bacon, al trazar el cuadro de los progresos de las ciencias) la historia del mundo es como una estatua de Polifemo, privada de su único ojo»¹; y cuando por estas sábias palabras aprendemos á conocer la trascendencia de la historia del ingenio humano, y sabemos que á pesar de los plausibles ensayos que en los pueblos más cultos se han hecho desde el siglo XVI para realizar tan difícil idea, no hay todavía

¹ De augmentis Scientiarum, proh.-introd.

uno sólo que pueda gloriarse de poseer la historia de su literatura, tal como exige la crítica moderna,—temeridad reprehensible fuera en nosotros el vanagloriarnos de dotar á España, con el nuestro, de semejante libro. Acometimos esta empresa en lo más florido de la juventud, al escuchar de labios del profundo Lista que éramos los españoles tributarios, en esta parte, de los extranjeros: hemos consagrado á su realizacion todas nuestras vigiliass, todas nuestras fuerzas intelectuales, sacrificando en aras de esta idea hasta los más espontáneos impulsos del amor propio; hemos solicitado con entera fé el consejo de los hombres doctos de España, Francia y Alemania; y abrumados algun dia bajo el peso material, no vacilamos en demandar al Gobierno auxilio y proteccion para proseguir la *Historia crítica de la literatura española*, aun á riesgo de desatar contra nosotros la envidia y la maledicencia, que alguna vez han cebado su rabioso diente en nuestro nombre.

Á dicha hemos realizado ya los más difíciles trabajos, pues que tenemos acabada, con la historia de la manifestacion latina, la historia entera de los siglos medios, que era la parte más desdeñada y peregrina dentro y fuera de España, y podemos asegurar, sin pueril jactancia, que hemos escrito numerosas páginas, donde son contados los nombres conocidos. Ni ha flaqueado tampoco nuestra diligencia en las investigaciones que á los tiempos modernos se refieren, pareciéndonos lícito manifestar que estos estudios, de que dimos alguna muestra en la traduccion de la *Historia de la Literatura* de Sismondi (1841—1842), en el tercer *Ensayo sobre los judios de España* (1848), y en algunas revistas de la Península y del extranjero¹, no son peregrinos á la juventud dorada que frecuenta las aulas de la Universidad Central, pues que los hemos ya expuesto en repetidos cursos académicos.

Conveniente juzgamos consignar por último, para que sean del todo conocidos los fines á que la *Historia crítica de la Literatura española* aspira, que derramados al par en la Europa y en el Nuevo Mundo los cultivadores de nuestra lengua y literatura, mientras hemos procurado tejer á la exposicion histórico-crítica

¹ Principalmente en *El Laberinto*, *El Semanario Pintoresco*, *La Floresta andaluza*, *La Revista del Español*, *El Correo de Ultramar* y *La América*.

de los ingenios que florecen en nuestro suelo la historia de la infeliz raza hebráica, madre de esclarecidos poetas, novelistas é historiadores, hemos consagrado la mayor solícitud á los ingenios que nacen de nuestra propia sangre en las vastas regiones de América, hablando nuestro idioma y cultivando el arte de Herrera y de Leon, de Lope y de Cervantes. Falta imperdonable seria en nosotros el olvidar á los poetas americanos que desde el siglo XVI logran señalado asiento en el parnaso español, y no pareceria tampoco acertado el menospreciar á los que imitando á los Granadas y Rivadeneyras, á los Mendozas y Marianas, se consagraron tambien al ejercicio de la elocuencia y al culto de la historia.

Tal es pues el difícil término de nuestras vigiliás, que sometemos, confiados en su generosa indulgencia, á los hombres sensatos é imparciales.

HISTORIA CRÍTICA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA.

I.^o PARTE.